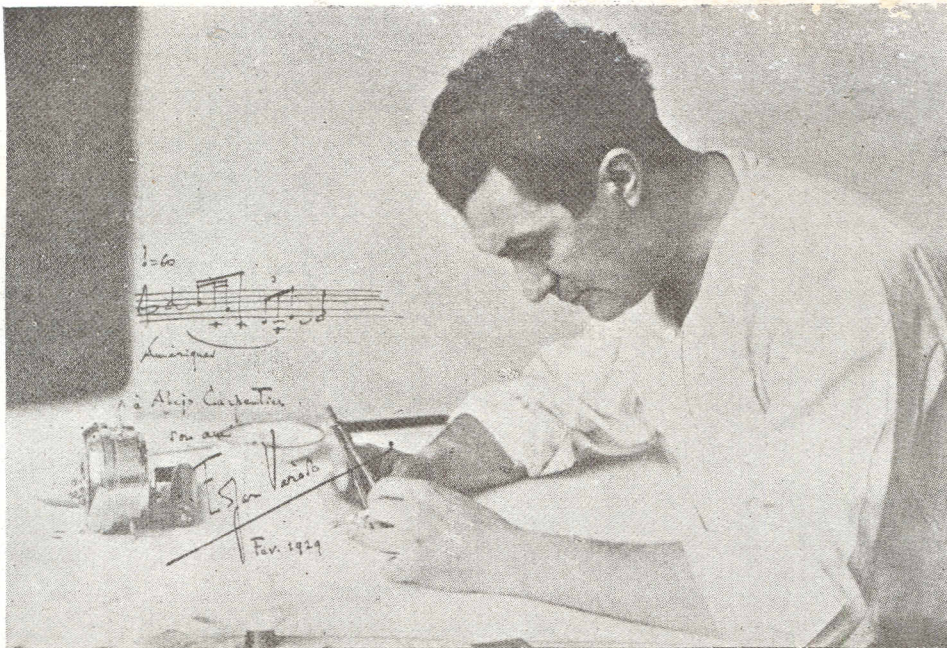


D e s d e P a r í s

Edgar Varese está escribiendo actualmente la partitura de su primera obra escénica—*The one all alone*,—sobre un libreto de Georges Ribemont Desaignes, Robert Desnos y del autor de estas líneas. Encerrado en su estudio situado en las afueras de París, rodeado de sus tam-tams, bloques chinos, látigos, tambores y aparatos productores de ondas, el compositor se prepara a ofrecer al público de Berlín—bajo



Varese, en los paréntesis de su intensa actividad musical, se divierte haciendo números.

la batuta de Kleiber—uno de los más formidables organismos dinámico-musicales que se hayan concebido en los tiempos modernos. La orquesta que habrá de acompañar la acción de los solistas vocales, masas corales, bailarines, acróbatas, actores y mimos, que intervienen en los siete *movimientos* que comprende esta obra, estará integrada por la más numerosa falanje de cobres que se haya movilizado nunca—incluyendo varios saxofones—maderas por cuatro y por cinco unidades, órgano, instrumentos de ondas de Martenot, y una batería completa, que enriquecen rieles torcidos en espiral, un güiro criollo y varias maracas. Ausencia casi total de instrumentos de arco, exceptuando un grupo de contrabajos y algunos violoncellos.

A veces, Varese abandona su estudio, y pasa algunas horas en los laboratorios de acústica del Colegio de Francia, en compañía de físicos que le comunican el resultado de sus últimas investigaciones. Hace pocos días, el músico pudo demostrar a sus casi colegas, que era posible enriquecer hasta el infinito el campo de posibilidades sonoras de un instrumento electro musical de reciente invención, aplicándole pabellones amplificadores que respondieran a la teoría de "columna de aire puesta en estado de vibración", que tan bien conocen los constructores de instrumentos de viento. Después de pruebas semejantes, Varese puede decirnos gravemente, sin que nos atrevamos a formular una objeción:

—No me llamen músico... Hoy todo infimo neoclásico se cree dueño y señor del mundo de los sonidos. Y ya que así sucede, sólo quiero ser un artesano que especula sobre vibraciones.

"*The one all alone*" será una suerte de *summa* de la estética de Varese. Decoración sintética, realizada por ingenieros y no por pintores, con todas las posibilidades eléctricas movilizables en un escenario, planos superpuestos, acciones simultáneas, y cortinas de terciopelo opaco por fondo. En el prólogo, grupos de voces situadas en todos los extremos del teatro, elevarán su canto de angustia, de miedo, ante una estrella nueva, enorme, que ha entrado en comunicación con la tierra:

Las ciudades se interrogan
¡Nunca se ha llorado tanto!
¡Nunca se ha reído tanto!
Las bestias salvajes
emigran en la noche.
En la selva, los augures
creen leer en el vuelo de las aves.

ventanas de la ciudad permanecen abiertas; los hombres miran ansiosamente el cielo. Sólo cinco personajes siguen impassibles o perdidos en sus ensueños: un astrónomo que gesticula en el tope de una torre—realizado escénicamente por medio de un autómatas enorme,—dos enamorados que cantan en una buhardilla, y dos jugadores de ajedrez—un aristócrata y un artista,—que no han querido mezclarse a la vida de la

urbe. Un iluminado agrupa los coros junto a la torre del astrónomo. Afirma que es un "enamorado de estrellas, provocador de catástrofes", una suerte de anti-Cristo, invocador de maleficios:

Y siete montañas de fuego
arderán en el horizonte de las ciudades.
Y caballos surgidos del mar
relincharán sobre vuestros cadáveres...

El astrónomo, entregado a sus gesticulaciones, no responde a las preguntas medrosas de la multitud.

Adviene la hora del alba, y el sol no aparece. Una serie de altoparlantes, situados en distintos lugares del escenario y del teatro, anuncian que "el sol no ha sido visto en ninguna parte del planeta"... Aumenta la impresión de terror. Y los aparatos trasmisores continúan hablando de catástrofes ocurridas en la faz de la tierra: el avión de Lindbergh ha desaparecido en el cielo; una escuadra se ha hundido en el océano; las rejas de las prisiones se han vuelto blandas, y todos los condenados a muerte han huido; hay cracks de bolsa—*¡Anaconda, Río Tinto, Paraná!*—en todas las capitales del mundo.

Los obreros que se dirigían a su trabajo se preguntan si será necesario acudir a las fábricas, ya que el día no apunta. Un político y un *business-man* suben a sendas tribunas:

Compañeros, no se inquieten
pase lo que pase,
trabajen hasta reventar.
Velaremos por la Paz,
por la Igualdad, por la Fraternidad,
por la Justicia, por la Religión...

Pero el discurso es interrumpido por un estruendo de protestas y de burlas. Las palabras "Paz", "Justicia", "Fraternidad", "Religión", provocan carcajadas amenazadoras. Un jorobado, un negro y una prostituta, intentan escalar la tribuna de los oradores. Un enorme policía de tránsito los arresta. La multitud se precipita sobre él, pero se detiene súbitamente al oír las nuevas noticias de cataclismos que claman varios vendedores de periódicos, que suben al escenario después de atravesar corriendo la platea del teatro. En el mismo instante, los

Escribe para el teatro



un fragmento autógrafo de los "Hiperprismos" de Varèse, que permite apreciar su modo originalísimo de aprovechar los instrumentos de percusión.

condenados a muerte, escapados de las prisiones, irrumpen en el escenario, perseguidos a tiros por la policía.

Y la estrella, la estrella enorme, culpable de todos los males, comienza a moverse lentamente en el cielo. Su luz inunda el escenario de una luz mortecina, que va tornándose roja. Se ve cómo uno de sus rayos brillantes es captado por los aparatos del astrónomo. Mendigos, obreros, noctámbulos de frac, policías, vendedores de periódicos, mujeres aterrorizadas, interrogan nuevamente al astrónomo. Este sigue sumido en sus experimentos. Entonces el iluminado del prólogo, y el negro, comienzan a cantar dos salmos, que pronto entona toda la multitud. El iluminado anuncia el fin del mundo con frases largas, lentas, sordas, mientras el coro, dirigido por el negro, clama sobre monosílabos de rito *vaudou*, con palabras ñáñigas, indias y encantaciones de magia—contrapunto verbal, realizado por el autor de estas líneas.—De pronto, los coros callan bruscamente, y toda la masa, enloquecida de terror,—terror del año 1000,—se entrega a una danza casi histérica, golpeando de pie sobre las tablas del escenario como los excéntricos de music-hall. Una suerte de campanada formidable, producida por todos los instrumentos de la orquesta, interrumpe la danza. Cunden nuevamente los cánticos del brujo y del agorero. Y, de súbito, vuelve a comenzar la danza, casi en silencio, cada vez más trágica, acompañada tan sólo por un lejano trepidar de martillos eléctricos.

Entretanto, la luz de la estrella ha pasado del azul al violado, del violado al rojo, del rojo al blanco. Algunos reflectores, ocultos hasta entonces, comienzan a barrer la sala con sus rayos luminosos... La multitud, loca de terror, comienza a trepar hacia el tope de la torre. La orquesta y las voces actúan en su máximo de intensidad... Pero, en ese momento, acontece el milagro.

El rayo de la estrella empieza a girar vertiginosamente, horadando el cuerpo del astrónomo. Este se desintegra poco a

poco, se vuelve incandescente, y desaparece en la atmósfera sin dejar huellas. La masa retrocede hacia el fondo del escenario, donde queda como petrificada por el espanto. Hay un brusco silencio. La estrella se borra en el firmamento. Una luz normal invade nuevamente las calles de la ciudad... Pero sólo quedan ya en el escenario algunos maniqués de cera, que miran al público con sus ojos absurdamente fijos. Y el telón cae lentamente, acompañado por algunos silbidos de estática, situados en el registro más agudo que puede percibir el oído humano.

Cada semana, Varèse nos enteramos—a Ribemont Dessaigne, a Desnos y a mí—de los progresos de su partitura. De los *siete movimientos* que integran "The one all alone", cuatro están ya orquestados. En el aislamiento de su "Villa des Camelias", los dedos duros del presidente de la Liga Internacional de Compositores, producen los acordes sombríos del prólogo, sobre los que se alza la desgarradora queja de un saxofón baritónico. Después, hay el canto de los enamorados, las voces de la bolsa, los gritos que acompañan la desintegración de los anuncios luminosos de la urbe, la batería que escande los párrafos del político y del *business-man*... Dudo que el autor de "Arcanes", de "Integrales", de "Hyperprismes", haya logrado plasmar alguna vez semejantes efectos de intensidad, análogo dinamismo, una expresión tan patética. Y, lo que es más importante, un lirismo tan puro, tan exento de trucos de escuela, tan cercano de la verdadera poesía...

Tengo fe absoluta en que "The one all alone", gracias a la labor de Varèse, será una de las obras más completas, más ricas en materia sonora, que haya producido la música de nuestra época.

Alejo CARPENTIER.